

Jhs.

Me lanzo sin saber a qué. No he pensado nada. No quiero pensar. Pero no me importa. Tengo necesidad... Es algo que siento vivir independiente, algo que pugna por libertarse como si lo quisiera esclavizar. A veces creo que eres tú. Tú, cuando me buscas como el niño a la madre, cuando me susurras montes nevados, cuando me sonríes y, al mismo tiempo, me estrechas en el cuenco de tu mano. No, no hayo como la gacela con el aplauso lejano de los árboles. No. No. Soy un espejo sediento. Pero, ¿por qué te complaces en sonreírte cuando me oprimes, cuando tu dedo rasga en mi alma la nostalgia? ¿Por qué me empujas por las calles repletas de bullicio y cavas para mí una zanja de infinitos ecos? Sí. Me lanzaré sobre la hierba y abrazaré la humedad, dulce humedad tibia, acariciadora. Confundiré

el rocío escondido con secretos arroyos. O, simplemente, una gota de lluvia, una indefinida lágrima besada de irisaciones. Parece un dedito de niño pequeño, o una pompa de jabón iluminada. Juntas la humedad con el viento huído, y yo no quiero convertirme en lluvia. En la inmensidad de tus árboles, los pájaros ya empiezan a callar.

¿Sabes? Esta mañana encontré un nido. Un nido pequeño, como de juguete, cargado de cinco suaves amores... Lo he regalado. Arde el fuego, fuego negro, fuego callado, miedoso. Se huye, sí. Hay algo que no se puede coger, algo que no es un rostro, ni un pecho, ni una estrella, ni unos labios. Seguramente, algún pez resbaladizo. Me pondré al pie de la cascada, y me sentiré empar lentamente...

24-V-62